

Del antro oscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre
De soldados, que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.

Y mientras tanto las llamas
En Azcapozalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce,

Y mientras tanto las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,

Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.



TEZCOTZINCO.

A MI ESPOSA LA SRA. D^a ELEONOR DEL VALLE DE PEON

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tezcuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,

Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehetes gigantescos,

Una mansion que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
O se retrata en los cielos.

¡Es Tezcotzinco! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos!



Una pendiente sùave
Ofrece fácil acceso
A sus inmensos jardines
Y á sus floríferos huertos,
Que de un lado y otro lado
Tendiéndose pintorescos,
De émbriagadores perfumes
Llenan las ondas del viento.

Allí de pronto, entre flores,
Accidentándose el suelo,
Se alza una cuesta que al paso
Niega á la cumbre el ascenso.

Mas talladas en la roca
Y bruñidas como espejos,
Magníficas graderías
Bordan la falda del cerro,
Y de la mansion hermosa
Conducen á los extensos
Terrados, que en el granito
Labraron cinceles diestros.

Allí la vista extasiada
Contempla con embeleso
Las grandiosas galerías
De sus salones inmensos;
Salones cuyas paredes
Tapizan cándidos lienzos
Bordados con el plumaje
De los pájaros mas bellos.

Allí se miran los baños,
Tambien en la roca abiertos;
Soberbias escalinatas
Conducen á sus risueños

Recintos, á do admirados
Bajan los rayos febeos,
Primor de constancia y arte,
Y de la molicie templos.

Allí levantan sus muros
Ricos Teocállis severos,
En donde el fuego sagrado
Perennemente está ardiendo.

Y perdidos en la sombra
Del follaje de los cedros,
Pórticos y pabellones
Se elevan de trecho en trecho.

El agua que fecundiza
Sus cultivados terrenos,
Corre en sonoros cristales
Por un acueducto inmenso,

Que al descansar sobre un vasto
Terreplan, desde muy lejos,
Viene cruzando los valles,
Las colinas, los oteros;

Agua que al correr ligera
Por canales y descensos,
Después de surtir las fuentes,
Los baños y los soberbios

Estanques, y derramarse
Por los prados y los huertos,
Retratando en su camino
Flores, hojas, aves, cielos,

Inquieta, rauda y sonora
Por riscosos vertederos,
En bulliciosas cascadas
Se precipita á lo lejos;

Y de tan grande belleza
Vienen á ser complemento
El aire que se respira,
Manso, perfumado, fresco;

El sol que dora los bosques
Cuando nace, y cuando lento
Traspone las grandes masas
De sombra que en los espesos

Follajes de la intrincada
Selva, anticipan el bello
Crepúsculo de la tarde,
Tan melancólico y tierno.

Las cumbres de las montañas
Que ondean en los extremos
Horizontes, la alta cima
De volcanes corpulentos;

Sus picos que reverberan
Como diamantes inmensos,
Joyas con que la natura
Engalana el Universo;

Los lagos que á gran distancia
Azulean al reflejo
De los rayos de la luna
Que van á quebrarse en ellos;
Y horizontes, luz, matices,
Fuentes, cascadas, senderos,
Aves, estanques, llanuras,
Bosques, nubes, flores, cerros,
Forman un todo, un conjunto
Tan armonioso y poético,
Que á Texcotzinco trasforma
En un paraíso nuevo.



En la mas bella floresta
De aquellos sitios amenos,
Una sonora fuente,
Esculpida con esmero,
Ostenta en mitad de ella
Una piedra de gran peso,
En cuyo frontis pulido
De geroglíficos lleno,

Están marcados los años
Que el poderoso, el excelso
Nezahualcoyotl, de aquella
Soberbia morada dueño,
Ha regido los destinos
Del Acolhuacano imperio,
Y de sus gloriosos días
Los mas notables sucesos.



En otro estanque se mira
De piedra un leon inmenso,
Que hácia donde el sol se pone
Mantiene los ojos puestos,
Y que asegura en su boca
Una efigie, que es perfecto
Trasunto de aquel monarca
Justo, sabio, grande, bueno,
Idolo de sus vasallos,
Firme amparo de sus pueblos,
Luz de sus vastos dominios
Y admiracion de los tiempos!

ROMANCE II.

¡Los tiempos! cuando la mano
De los tiempos inflexible
Aun destrozado no había
Aquellas obras insignes;

Cuando al poderoso azote
De sus alas invisibles
Aun sus muros resistían
Sobre sus cimientos, firmes;

Cuando no se contemplaban
Como hoy, sus bosques sin lindes,
Sin agua, fuentes y estanques,
Yermos, valles y pensiles;

Ruínas tantos palacios
Cuyos trazos ya no existen,
Vil despojo de los siglos
Y de las fieras rediles;

Cuando aun sus templos oían
Los cantares de las vírgenes
Aztecas, que idolatraban
A sus dioses invencibles;

Cuando aun no echaba la yerba
En sus escombros raíces,
Ni anidaban en sus hondas
Grietas, uraños reptiles,

Nezahualcoytl, cruzando
Sus encantados jardines,
En raudales de armonía
Daba alivio al pecho triste.

Allí de su lira al eco
Callaban auras humildes,
Y aquellas que en la enramada,
Tórtolas amantes gimen.

Allí, al son de sus acentos
Se encendían los matices
De las flores, y temblaban
Sobre tus tallos flexibles ;

Allí recordaba alegre
De sus años juveniles,
Las fuertes luchas marciales
Y las amorosas lides ;

Allí acataban sus leyes
Los vasallos y los príncipes,
Las leyes á cuyo amparo
Fueron sus tiempos felices ;

Allí concibió su mente
La idea de un ser sublime,
Creador del cielo y tierra,
Que infinitas orbes rige.

Dando al olvido la extraña
Majestad de las efigies
De aquellos dioses, amparo
De sus pueblos infelices,

Y allí cantó en versos dulces
De la gloria humana el triste
Término, y lo pasajero
De sus grandezas ruines.

Y allí con Metlalizhuatzin
Guió, en fin, los infantiles
Pasos de Nezahuapilli,
Honor de su egregia stirpe.



CAPÍTULO ALFONSO SINA